

CULTUR

Mundo cu

Tennessee Williams Ensc

Antoni

KEY WEST. Este es un balneario turístico, para ricos y trepadores de la pirámide social, un punto comercial y hedónico, una esplendorosa naturaleza y una sociedad menos esplendorosa. Allí tiene su casa Tennessee Williams, aireada, llena de libros y cuadros, rodeada de un jardín cultivado; allí pasa sus 68 años y escribe, recuperándose de ese largo túnel en que pasó una década luego de la muerte de su amigo Frank Merlo, cuyo retrato corona su dormitorio todavía hoy. Fue un período duro de drogas, borracheras, desequilibrios neuróticos, de conversión a un catolicismo que pronto abandonó, de escritura de sus desnudas memorias: "He pasado durmiendo todos los años sesenta" le confesaba a su amigo el escritor Gore Vidal. "Oh —contestó éste— no te has perdido nada".

Ahora intenta una vida ordenada y está dedicado a escribir una nueva obra dramática. Ropas para un hotel de verano sobre la vida de la pareja más célebre de las letras norteamericanas: Scott Fitzgerald y Zelda. Allí han venido a celebrarlo los integrantes del "Tennessee Williams Repertory Company" que presentaron su ya clásica pieza *El zoo de cristal* y luego la agorera *Repentinamente* el último verano. La primera le ha traído evocaciones de su vida juvenil, visto que confiesa el carácter autobiográfico de todas sus piezas: "Todo escrito orgánico es autobiográfico; no se puede escribir sobre una emoción sin haberla experimentado". Hablando de su madre, que aún vive y tiene actualmente 94 años, dice: "Ella nunca sospechó cuánto de ella había en el personaje de Amanda" y de inmediato evoca a su hermana Rose que sigue en manos de psicoanalistas y a quien quisiera traerse a Key West: "Mi hermana iba a una escuela de niñas, la Escuela de todos los Santos, y cuando volvía a casa hablaba de los robos que cometían las compañeras y de sus suciedades. Mi madre quería que ella dejara de decir esas horribles cosas, ¡era tan puritana! quería sacarle de la cabeza esas horribles historias. Fue ella una de las que aprobaron la lobotomía, sí, como la Sra. Venable en *Suddenly Last Summer*. Yo no estaba en casa, nunca lo hubiera permitido".

Pero de lo que no gusta hablar Williams es de la serie de sucesos policiales en que se ha visto complicado últimamente y que parecen remedar punto por punto su propia obra teatral, como si ella fuera el guión con el cual se ensaya "su último verano"

Es Dotson Rader, el joven escritor que lo acompaña en su casa de Key West, quien cuenta las sucesivas atrocidades. La casa ha sido asaltada por dos veces y quienes lo han hecho han procurado destruir, ensuciar y ultrajar los objetos que hay en ella. Más grave aún, el jardinero que cuidaba de la casa y era un antiguo amigo de Williams, apareció desnudo y asesinado en el jardín, sobre la puerta de la casa, en un charco coagulado de sangre, sin que haya sido posible saber nada de quienes cometieron el crimen.

En estos días, una pandilla de jóvenes hampones, entre 18 y 25 años, asaltaron a Williams y a su amigo durante un paseo nocturno, golpeando a este último y gritando al primero: "Sabemos quién eres". Rader cuenta con espanto lo ocurrido, diciendo que Key West le parece más peligroso que New York. Tennessee Williams resta importancia al episodio: "En todas partes hay violencia. Eran unos hamponcitos, no más, menos peligrosos que los críticos de Nueva York. Este asunto ha recibido más publicidad que todas las obras que he escrito".

Sí, pero no por el episodio en sí, sino por la manera alucinante en que evoca la muerte del protagonista de *Suddenly Last Summer* a manos de una pandilla que él excita con intenciones eróticas y que concluye devorándolo. Elegantemente vestido Tennessee Williams concurre a la *Rosa tatuada*, un restaurante así denominado en su honor, seguido por guardias armados que la policía local ha apostado para su seguridad. "Oh, no se preocupen. Todavía no he llegado a la edad del retiro" les advierte el dramaturgo.

RALES

ltural al día

ya su Próximo Asesinato

o Gundín

Quando Adolfo Hitler era jovencito

LONDRES. La misma perplejidad y recelo que acompañó la novela *Lucien Lacombe* en Francia hace unos años, ha despertado la séptima novela (en solo siete años) de la escritora y libretista de televisión Beryl Bainbridge (44 años, tres hijos), titulada *Young Adolf*, que efectivamente cuenta un episodio curioso y escasamente confirmado: los cinco meses que a los 23 años habría pasado Adolfo Hitler en la ciudad de Liverpool, en casa de un hermano suyo que se había trasladado a esa ciudad donde tenía un comercio minorista.

Es cierto que Alois Hitler se trasladó a Liverpool por 1910 y abrió allí un restaurante, que atendía junto con su esposa, la irlandesa Bridget Dowling, de la cual tuvo un hijo, William Patrick Hitler. Estos vínculos no hicieron ningún bien a la familia, tal como Bridget lo cuenta en sus memorias de 1941, donde recuerda que hacia 1912 fue con su marido a la estación de ferrocarril a esperar a su cuñada, encontrándose, con gran sorpresa, con la inesperada llegada de Adolfo, quien habría de pasar un tiempo en su casa.

A partir de este inseguro dato, Beryl Bainbridge escribió su novela, contando con distancia, con neutralidad y a veces con humorismo, los cinco meses que Adolfo habría pasado en Liverpool durmiendo en el sofá-cama de su hermano, sin saber qué hacer de su propia vida. Es ésta, sino simpatía al menos falta de inquina, la que ha sobresaltado a los críticos que se apresuraron a recordar a la autora que Adolfo Hitler fue uno de los tres o cuatro mayores monstruos de la historia.

Ella no lo niega pero asegura que siempre ha tenido una disposición para ver normalidad en quienes son diferentes y que el joven Hitler le parece

un caso de inseguridad, frustración y soledad, desde la muerte de su madre por cáncer hasta su rechazo en la escuela de artes, lo que le llevó a encontrar luego, durante la primera guerra mundial, una familia en el ejército y una nueva seguridad al obtener la cruz de hierro, cosas que se reforzaron cuando resultó, para algunos pocos primero y muchos después, que sabía hablar en público y convencer a las gentes comunes. Es ese hombre corriente el que retrata en su libro incapaz de amistad, que se peina para el costado para taparse una marca, que a veces habla de la "sangre impura" como le habían enseñado en los antisemitas colegios de su infancia, que busca un punto en que afirmarse.

La visión de la novelista inglesa es declaradamente chaplinesca. Confiesa que ha querido hacer una suerte de caricatura o de figura plana en el estilo de *El gran dictador*. Un episodio final revela esta escritura indirecta y humorística: debiendo huir de la casa para evitar la policía que busca a los emigrantes ilegales, se disfraza de mujer, cosa que tanto le desagrada que entonces resuelve dejarse un bigotito para no ser confundido nunca con una mujer. La caricatura no siempre resulta eficaz, ni el personaje se presta a demasiadas atenciones de ese tipo, pero los mejores momentos del libro corresponden a una escritura elegante y a la vez distanciada, a una educada manera de transformar al monstruo en un joven torpe y bien poco interesante, pero al cual es posible recibir en el salón de la casa "entre tanta gente curiosa como uno conoce".

Es parte del "revival" hitlerista que se ha extendido por Europa y Estados Unidos, tanto en formas condenatorias como en otras simplemente históricas o interpretativas. A más de treinta años de la muerte, diseña el primer intento, no pasional, para comprender el pasado atroz. •